

# La mujer mexicana vista por los franceses. 1861-1867.\*

Aristarco Regalado Pinedo

En 1861 se fraguó, en el seno de Europa occidental, una guerra contra México. A pesar de que el 30 de octubre de ese año, Inglaterra, España y Francia habían firmado un tratado para actuar conjuntamente contra México, en febrero de 1862, en el pueblo de La Soledad, sólo Francia decidió hacer efectivas sus amenazas en contra del gobierno de Benito Juárez, sosteniendo su declaración de guerra. Los otros dos países europeos optaron por regresar y confiar en las palabras del plenipotenciario de Juárez. Éste había prometido satisfacer los reclamos de los europeos. Los mexicanos se prepararon para resistir con sus propios medios, pues no hacía más de un mes que su aliado estadounidense se había sumido en una lucha intestina que oponía a los estados del sur contra los del norte. Aun así, el ejército mexicano logró detener el avance francés en Puebla, el 5 de mayo, que, muchos años después, el pueblo de México seguiría conmemorando como uno de los pasajes más gloriosos de su historia. Napoleón III, emperador de los franceses, envió refuerzos militares, mandó un nuevo General en jefe y se dispuso a lavar la afrenta sufrida por su milicia, reconocida internacionalmente como una de las más poderosas. Un año más tarde, en 1863, los mexicanos no pudieron repetir la hazaña y, después de un largo sitio, Puebla cayó en manos

\* Agradezco a la Dra. Dominique Godmeau y al Dr. Luc Capdevila los valiosos comentarios hechos al presente escrito.

francesas. Era el mes de mayo. A finales de junio, el ejército invasor ya había pisado la capital del país y, al mes siguiente, el general Forey, ascendido ya al grado de Mariscal, hizo su entrada triunfal en México en medio de vivas, hurras, aplausos, flores, pañuelos blancos, arcos triunfales y fanfarrias militares. Hubo que esperar el año de 1864 para que el archiduque de Austria aceptara ponerse la corona del nuevo imperio mexicano, y tres más para que, abandonado por el ejército de Napoleón III, los partidarios de Juárez y de la República despojaron a Maximiliano de toda su realeza y lo pusieran frente a un pelotón de fusilamiento en el cerro de las Campanas, cerca de Querétaro. Allí sucumbió el segundo emperador mexicano y terminaron las pretensiones francesas en México. Era 1867.

Los militares que llegaron a México en el periodo 1861-1867, a menudo convertidos en corresponsales de guerra, enviaban a Francia sus informes. Los viajeros franceses que pasaban por el país también publicaron sus experiencias de viaje en revistas francesas. Asimismo, la élite cultural gala se interesó en el acontecimiento que se desarrollaba en México, y no dudó en plasmar sus opiniones en los distintos medios de debate escrito. Ni los intelectuales, ni los viajeros y menos los militares olvidaron hablar sobre la mujer mexicana. Fue un tema, si no muy recurrente, por lo menos frecuente en los escritos e ilustraciones que ofrecieron. De esta forma, contribuyeron a la construcción de una imagen de la mujer mexicana en la mente de los lectores franceses.

### *Perspectiva teórica: la identidad femenina*

Actualmente todavía se debate, en las diferentes áreas de las ciencias sociales, sobre el problema de género e identidad.<sup>1</sup> La pregunta principal en torno a la que gira dicha cuestión es, si la pertenencia a un género conlleva a una identidad común y si esa identidad es dada por la naturaleza o se aprende y se transmite socialmente. En otras palabras y centrándonos sólo en el sexo femenino, ¿se aprende a ser mujer o se

1. Cfr. Marie-Claude Hurling, et al. *Sexe et genre. De la hiérarchie entre les sexes*, Paris, CNRS, 1991; Michel de Manassein (Dir.) *De l'égalité des sexes*, Paris, CNDP, 1995.

nace siéndolo? ¿La identidad femenina está determinada por su naturaleza o por su función dentro de la sociedad? Diversos especialistas ya han dedicado parte de sus investigaciones a estas cuestiones y el resultado de sus trabajos nos muestra que en gran medida la identidad femenina se transmite: primero en la familia, luego en la escuela y, finalmente, en los círculos sociales a los que se pertenece y en el ámbito profesional.<sup>2</sup> En el seno familiar a la niña se le trata diferente que a su hermanito; se le enseña a vestir de otra manera, a arreglar su cabello y a conducirse “como corresponde a su sexo”. En la escuela los profesores también hacen la distinción, y cuando se trata de aconsejar a una estudiante que está por terminar la preparatoria, se le recomienda una carrera profesional en el ámbito de las ciencias sociales o las humanidades. Se considera de antemano que las ciencias “duras” (con todo el significado de la palabra) son propias de los hombres. En este sentido es interesante la afirmación de Nicole Mosconi, de que la sociedad transforma el hecho natural de ser hombre o mujer con un significado social en el cual a cada uno convienen ciertos saberes y no otros.<sup>3</sup>

Este debate no es nuevo, y no tiene sentido repetir aquí lo que ya se ha explicado con mucho cuidado; lo más conveniente a nuestro propósito es ir al origen del debate en Francia, a principios del siglo XIX, para poder hacernos una idea del ambiente intelectual y social del que estaban impregnados nuestros informantes al referirse a la mujer mexicana. La sociedad francesa, que venía de realizar una revolución para dotar a todos los hombres de libertad, fraternidad e igualdad, se preocupó también por otorgar a la mujer un lugar propio dentro de la sociedad. Los pensadores de ese tiempo trataban de redefinir la diferencia de sexos y, en consecuencia, redefinir el espacio público y el privado. Una cosa era cierta, la “libertad” y la “igualdad” del hombre no serían las mismas para la mujer. Por un lado, ellos tenían miedo de que se llegara a una confusión entre los sexos, y por el otro, se percibe una voluntad de dominación masculina: los hombres tenían que al

2. Thierry Blöss, *La dialectique des rapports hommes-femmes*, Paris, PUF, 2001, pp. 21-25.

3. Nicole Mosconi, “Division sexuelle des savoirs et constitution du rapport au savoir”, en Manassein, *op. cit.* 1995, p. 204. Véase también Claude Zaidman, “Ecole, mixité, politiques de la différence des sexes”, en Manassein, *op. cit.* 1995, pp. 219-220.

acordar el mínimo derecho a la mujer, ésta quisiera luego adquirir todos los demás.<sup>4</sup> Por eso, durante la primera mitad del siglo XIX, el debate sobre el lugar de la mujer en la sociedad adquirió tintes particulares. Surgió entonces la pregunta ya formulada: ¿qué es lo que define a la identidad femenina, su naturaleza o su función?

Los médicos explicaron que la mencionada identidad se conformaba de acuerdo a la naturaleza, es decir, al cuerpo de la mujer; y en la *Enciclopedia*, que como es sabido trataba de recopilar todo el saber humano, la definieron por el útero, por la textura de sus órganos, por sus huesos más pequeños y menos duros que los del hombre, por su debilidad congénita, en fin, por sus caderas dispuestas para acoger la gestación del ser humano: el destino de la mujer era la procreación.<sup>5</sup> Para otros, era concebida por los órganos blandos y húmedos: la mujer era débil como consecuencia de ellos y, por extensión, su pulpa cerebral también era blanda, reducida. En pocas palabras, concluían que la mujer no era apta para la actividad intelectual. La verdadera tarea “natural”, de “*nature féminine*”, de la mujer era la reproducción y no la producción.<sup>6</sup>

De tal manera que la feminidad era definida por la naturaleza de la mujer, y en torno a esa *nature féminine* se instalaron las funciones que ella podía, es decir, era capaz de desempeñar. Se creó un sistema de valores por oposición, según el cual al hombre le era propia la espada y la pluma; a la mujer la aguja y el huso; al hombre “las producciones del genio”; a la mujer “los sentimientos del corazón”.<sup>7</sup> De acuerdo a estas funciones sería pensada la impartición de la instrucción pública. En efecto, desde el siglo XIX, cuando se decidió que también las niñas irían a la escuela, se comienza a percibir una obsesión por la separación de sexos pues la enseñanza no sería la misma para unos y otras. Las mujeres no tendrían acceso a ciertos saberes porque “por naturaleza” serían incapaces de asimilarlos.<sup>8</sup>

4. Geneviève Fraisse, *Muse de la raison. La démocratie exclusive et la différence des sexes*, Aix-en-Provence, Alinéa, 1989, p. 197.

5. Manassein, *op. cit.* 1995, p. 12.

6. Fraisse, *op. cit.* 1989, pp. 81, 92, 95.

7. *Ibid.*, p. 24.

8. Zakya Duoud, “Changer les utopies”, en Manassein, *op. cit.* 1995, p. 143; Musconi, *op. cit.* 1995, pp. 203-204. La misma tendencia se siguió en Guadalajara algunos años después, en la segunda mitad del siglo XIX. La educación femenina consistiría en lecciones de buenos modales, literatura, música, costura

Sin embargo, particularmente desde 1830, algunas voces femeninas irrumpieron en el espacio público francés con cierta vehemencia, reclamando igualdad entre los sexos y libertad para el individuo del sexo femenino. En efecto, para este tiempo, las mujeres escritoras en Francia ya eran relativamente numerosas, y los hombres, para contrarrestar su influencia, tomaron diferentes opciones: escribían en su contra, las despreciaban, las caricaturizaban o simplemente las ignoraban.<sup>9</sup> En este sentido, no era raro encontrar afirmaciones aludiendo al hecho de que un hombre inteligente y sensato podía tener como amante a “una mujer que hace un libro”, pero como esposa sólo a aquella “que sabe hacer una camisa”.<sup>10</sup> De esta forma se buscaba crear y moldear una identidad femenina. El debate se encontraba en esta situación cuando se produjo la intervención francesa en México. No es temerario afirmar, por tanto, que los hombres que hablaron sobre la mujer mexicana no eran ajenos a este debate.

### *La mujer vista por los intelectuales*

Para los intelectuales franceses, quienes escribían desde su escritorio en París y trataban de dar explicaciones sólidas del conflicto entre Francia y México, la mujer mexicana casi no existía. No era importante en la trama de su escrito. Cuando hacía acto de presencia era porque pertenecía a un hombre. Por ejemplo, cuando Michel Chevalier presentó a la mujer del virrey Iturrigaray, no mencionó ni siquiera su nombre. Ella era simplemente “su mujer”.<sup>11</sup> Luego, cuando el mismo intelectual relató la guerra de independencia de México, mencionó que entre los conjurados se encontraba el corregidor de Querétaro, Miguel Domínguez, “y con él, su mujer que mostró un gran carácter”.<sup>12</sup> Es todo. Por otro lado, la mujer hacía acto de presencia porque mediante el matrimo-

y bordado; en fin, todo aquello que ayudara a la mujer a ser mejor madre y esposa. Cfr. Laura Zapicón, “Educación femenina en la Guadalajara del siglo XIX”, en *Takúá. Revista de estudiantes de historia*, Núm. 2, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Primavera 2001, pp. 39-45.

9. Praisie, *op. cit.* 1989, pp. 124-139.

10. *Ibid.*, p. 26.

11. Francia, Biblioteca Municipal de Rennes (BMR.), Número de clasificación (C) 69001, *Revue des deux mondes*, 1862, t. 38, p. 531. Entiéndase, por supuesto, que se trata de un ejemplo de circunstancia.

12. *Ibid.*, p. 533.

nio había sido el medio de enriquecer a un hombre, como si se tratara de un asunto comercial o de una excelente maniobra política. Así, el conde de Kératry contó las circunstancias en las que conoció a Jesús de la Serna, un rico hacendado de Tamaulipas, hombre que viajaba mucho, había estado en Europa y en Estados Unidos, y hablaba sin problemas inglés y francés. Mediante la política matrimonial, de la Serna se había emparentado “por su mujer a la rica familia de los Lastra”.<sup>13</sup> Aquí tenemos pues a la mujer, siempre al lado de un hombre, siempre presente gracias a él.

En los escritos de los intelectuales la mujer casi siempre estaba ausente porque no participaba en política, porque no jugaba ningún papel importante en la vida pública, esta vida de las relaciones internacionales, la diplomacia, las cuestiones militares, esos asuntos en los que se tenían que dar decisiones de envergadura, en los que se tenía que pensar y actuar. Y para ellos, la mujer no pensaba, no actuaba. Más que un sujeto, era un objeto que pertenecía al hombre. Cuando actuaba, era porque obedecía a su amo o porque lo servía.<sup>14</sup> Como “la india, doña Marina, como se llamó”, escribió Michel Chevalier, una “joven india que un cacique de Tabasco le había dado en presente” a Hernán Cortés, agregó, “una muchacha sencilla y apasionada que se apegó a él con toda la devoción clarividente del amor y lo salvó de más de un peligro. La india... presentía las trampas y duplicidades que amenazaban a su amo”.<sup>15</sup> Esta es la silueta femenina mejor trazada, la mejor descrita por los intelectuales.

La imagen de la mujer que Chevalier nos ofrece es la misma de la esposa al estilo positivista de la época. Michel Chevalier era fiel seguidor de la doctrina de Saint-Simon y desde 1840 ocupaba la cátedra de economía en el *Collège de France*.<sup>16</sup> A pesar de que la Malinche y Cortés nunca fueron esposos, el intelectual se empeñó en describirla como tal, como

13. *Ibid.*, 1866, t. 61, p. 979.

14. La mentalidad decimonónica francesa veía de esa manera a la mujer. Ella era la primera propiedad del hombre: “il est donc logique que dans la société capitaliste elle soit réduite à une marchandise” Geneviève Fraisse, *Les femmes et leur histoire*, Paris, Gallimard, 1998, p. 99.

15. BMR, C. 69001, *Revue des deux mondes*, 1863, t. 48, p. 676.

16. Jean Garrigues, *La France de 1848 à 1870*, Paris, Armand Colin, 2000, p. 92; *La grande encyclopédie*, Paris, H. Lamirault et Cie. Éditeurs, t. 10, 1889, pp. 1145-1146.

a la Eva mexicana, porque parió al primer mestizo, hijo de un español y de una india. Y, como a buena esposa, la calificó de “sencilla y apasionada”. Sencilla, primero. Porque su marido era todo para ella, su mundo entero. Ella no debía aspirar a nada más. Debía regocijarse en él, en sus triunfos, en sus victorias. Ya no eran dos, sino uno solo. En esta unidad el hombre era el cerebro, la cabeza, el mando, encima del cuerpo. Ella era el corazón, los sentimientos, el amor, la pasión.<sup>17</sup> Era “apasionada”. Y con esta pasión se apegó a él con todo su amor. Amor de amante, es cierto. Pero también, con ese amor con el que se podía salvar de los peligros: “presentía las trampas y duplicidades que amenazaban a su amo”. Gracias a doña Marina, Cortés supo que un gran rey llamado Moctezuma vivía en una magnífica ciudad. Ella le avisó que los tlaxcaltecas eran los grandes enemigos de los mexicas y que habían logrado, hasta el momento, mantenerse independientes. Gracias a ella, Cortés alió a todos los pueblos indígenas que estaban descontentos desde tiempo atrás, bajo la opresión de Moctezuma. Doña Marina fue la que previno a Cortés de un ataque que sus nuevos aliados, los tlaxcaltecas, preparaban contra él. Ella ayudaba a Cortés, “su amo”. Y era precisamente por eso que sólo se entregaba a él, entera, a nadie más. Es entonces cuando se convierte en *malinche* para su pueblo, la mujer del conquistador, la traidora que entregaba su país a los invasores.

En 1862, mientras que el ejército francés se dirigía hacia la ciudad de México por la misma ruta que antes había seguido Cortés, Charles de Mazade hizo la comparación para advertir: “hoy ya no estamos en un tiempo para las aventuras”. Benito Juárez no es Moctezuma, “el general Forey no es un Fernand Cortés, ni el general Almonte, aunque de origen indio, no es un jefe tlaxcalteca aliado a nosotros”.<sup>18</sup> ¿Y doña Marina, dónde está en esta analogía? No tiene razón de existir. Para los franceses, la guerra no era asunto de mujeres. Ya no. En México, por el contrario, las mujeres iban a la guerra. Allá se les podía ver. Hay quien las llamaba “soldaderas”. Que las mujeres fueran a la guerra, “eso se veía en Francia antes del 89”,<sup>19</sup> aseguró Ernest Vigneaux, es decir, en

17. Fraisse; *op. cit.*, 1998, pp. 89-91.

18. BMR. C 69001, *Revue des deux mondes*, 1863, t. 48, p. 677.

19. BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1863 (1<sup>o</sup> semestre), p. 258.

1789, en tiempos de la revolución francesa.<sup>20</sup> Pero la guerra moderna se hacía sin mujeres. En 1866, el conde de Kératry escribió que el ejército mexicano debía ser reorganizado, modernizado. Entre todas las modificaciones que había que hacer, una de las más importantes era la expulsión de las mujeres del ejército, la prohibición de seguirlo.

Listas hordas de mujeres —explicó el oficial— que se rezagan siguiendo las columnas militares en marcha, tomando aquí y allá los víveres del soldado, deben desaparecer para hacer lugar a un cuerpo de intendencia que sea tan severamente controlado como él mismo controlaría la economía de los cuerpos [del ejército].<sup>21</sup>

Cuando las mujeres mexicanas existían en los escritos de los intelectuales era porque había que desaparecerlas.

### *La soldadera*

Los viajeros y los soldados, por el contrario, hablaron más de las mujeres. Incluso de las que iban a la guerra, quienes, por supuesto, no pertenecían a la alta sociedad. Désiré Charnay las vio en la ciudad de México en 1861, en los barrios pobres. Explicó que allí se podía encontrar “un hormiguero de mujeres y de niños en harapos, de innobles tugurios de donde se escapan los olores mefíticos”.<sup>22</sup> Era a estos lugares a donde el gobierno acudía en busca de soldados cuando había una guerra cualquiera. Armaba a cada hombre con un fusil y los llevaba al ejército. La campaña militar abierta, agregó Charnay, “la mujer sigue al hombre y lo alimenta en el campo, nada más original que un ejército mexicano —aseguró— las mujeres, los niños, los perros la asemejan a una emigración”.<sup>23</sup> Aquí tenemos a la mujer, salida de un medio pobre, que tenía, incluso en tiempos de guerra, el papel de ama de casa.

20. Cfr. Dominique Godineau, *Citoyennes tricoteuses, les femmes du peuple à Paris pendant la Révolution française*, París, Alinéa, 1988.

21. BMR, C 69301. *Revue des deux mondes*, 1866, t. 65, p. 458.

22. BMR, C 29009. *Tour du monde*, 1862 (1<sup>o</sup> semestre), p. 358.

23. *Ibid.*, p. 359.



Era fiel a su hombre, no lo dejaba solo. Lo alimentaba y, como en el hogar, cuidaba a los niños.

Ernest Vigneaux también las vio, hacia 1855. Iba, hecho prisionero, por el camino que llevaba de Tepic a Guadalajara. Lo habían tomado por sospecha, se pensaba que era un conspirador, un conjurado en contra del gobierno del país. Caminaba, pues, rodeado por una parte del ejército y por ese “grupo de mujeres pegadas a nuestra escolta”. Esas mujeres vivían en unión ilegítima con los soldados, porque el matrimonio, explicó el viajero, era un lujo que el pobre se procuraba difícilmente. La bendición religiosa era cara en México. “Esas mujeres – agregó – que se pegan a los soldados, los siguen a todos los lugares... son valientes y sacrificadas, y ofrecen grandes servicios a su alrededor, principalmente preparando la comida del soldado” en campaña.<sup>24</sup> Tenemos nuevamente la misma referencia: ella hacía la comida como en casa.

Estas “soldaderas”, como Kératry<sup>25</sup> las llamó a menudo, le causaban lástima. El oficial las vio “sumirse en el lodo del camino”, cuando las lluvias habían arroyado, cargadas de todos los pertrechos de ruta. “La soldadera es la compañera del soldado mexicano”. Notémoslo bien. No era su esposa, ya se vio que el matrimonio no estaba al alcance de los pobres, pero tampoco era una prostituta. Los oficiales, por el contrario, tenían sus amantes, “siempre demasiado numerosas”, quienes iban en los primeros rangos, confundidas con la plana mayor del ejército, viajando a caballo o en mula, protegidas, con la cara cubierta debajo de un sombrero de paja de grandes alas. Ellas eran amantes (*maîtresses*). Porque el oficial dejó su mujer en la casa, a salvo, probablemente llorando. Por el contrario, “las soldaderas – señaló Kératry – caminan a pie siguiendo la infantería”. Estas mujeres (las soldaderas, por supuesto, no las amantes) reemplazaban la administración militar. Llevaban “siempre corriendo” los utensilios del hogar y las provisiones del día. A menudo traían un niño en los brazos. Y, durante el camino, “se lanzan como una nube de langostas sobre los campos de maíz o de cañas de azúcar” para aumentar la ración de su soldado. Es-

24. *Ibid.*, p. 258.

25. El conde de Kératry, aunque se expresaba en la revista de los intelectuales, en ocasiones toma la actitud de un soldado o un viajero que cuenta la experiencia de su paso por algunas regiones mexicanas.

cuadriñaban todos los lugares. Y finalmente, “en la noche, encienden las mil cocinas del campamento”. El soldado, la soldadera y el niño se reunían entonces en familia. La mujer continuaba ejecutando su papel, el de ama de casa. Como en el hogar, se ocupaba del hijo, de la cocina, de la administración familiar. Y nunca olvidaba incluir en el menú las tortillas. Si no tenía suficiente maíz, se unía a otras mujeres y juntas iban a “husmear debajo de la nariz de los caballos –relató Kératry– a los cuales les disminuyen muy seguido la ración de maíz para hacer sus tortillas”. Después de la cena “fuman el cigarrillo, luego se acuestan en desorden con la soldadesca... sin las soldaderas –concluyó el oficial– el ejército mexicano moriría de hambre”.<sup>26</sup>

Ahora bien, ellas no solamente realizaban tareas consideradas propias del ama de casa. También servían de emisarios. Cuando la contraguerrilla francesa se dirigía a Cotastla, el coronel Dupin envió una carta al comandante enemigo, Hilario Osorio. En ella lo obligaba a elegir entre la amnistía o la guerra. “Una mujer sirvió de correo”. Al día siguiente “la intrépida amazona, montada en un hermoso semental” condujo al campo francés al plenipotenciario de la villa. Aceptó la amnistía.<sup>27</sup> Ellas también peleaban, y con tanto valor como los hombres. “Cuando combaten –escribió Kératry– están en su puesto y caminan con un paso no menos resuelto”. Y como los soldados, también perdían la vida en la batalla. Durante la toma de San Lorenzo, siguió diciendo el oficial que habían visto a algunas “tendidas en el suelo, con el cráneo roto por nuestras balas de cañón.”<sup>28</sup> En campaña, las soldaderas conocían la misma suerte que los soldados y, además, eran más temerarias que ellos, más resueltas.

Un viajero francés, Rondé, estando en México en 1850, se enteró de una historia en la que una mujer había actuado como una fiera frente a unos soldados mexicanos. Algo increíble en ese tiempo en Francia. Era una india apache “bella, orgullosa, de apenas dieciocho años”. Era la hija del jefe de la tribu. El combate oponía los soldados mexicanos contra un grupo de apaches. Era una batalla con arma blan-

26. BMR, C. 69601, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, pp. 912-974.

27. *Ibid.* 1865, t. 59, p. 726.

28. *Ibid.* 1866, t. 61, p. 974.

ca. De manera inesperada, la muchacha “tomó una lanza y se precipitó como una pantera contra los mexicanos”, los cuales, “se vieron obligados de atacar a pistoletazos”. Ella murió.<sup>29</sup> Rondé quedó cautivado por esta historia. Viajaba por Chihuahua acompañado por algunos soldados y otros viajeros como él. Buscaban minas de plata y de oro. Se contaba que las montañas eran peligrosas por la presencia de apaches. Por este motivo iban acompañados de soldados. Protección ridícula. Todos fueron hechos prisioneros por los indios. “Entonces pudimos observarlos –dijo Rondé– las mujeres estaban a caballo, llevaban como los hombres la lanza y el escudo de cuero”.<sup>30</sup>

En el cuartel militar francés tenían a las mujeres. Eran enigmáticas. No se sabía de lo que eran capaces de hacer. En abril de 1863, los franceses prohibieron a un grupo de mujeres el acceso al cuartel general. Venían a pedir el indulto para dos mexicanos condenados a muerte. Se comprobó que los sentenciados eran espías del enemigo. Por la mañana se había recibido a las autoridades y notables de la ciudad. Sus peticiones fueron rechazadas “con cortesía”. “Por la noche, fue el turno de las mujeres. Un *meeting* de mantillas negras y de rebozos orgullosamente acomodados sobre hermosos hombros llegó”. Parecieron demasiado peligrosas, contó el conde de Kératry, “y el temor a la seducción les cerró las puertas del jefe francés”.<sup>31</sup>

El motivo bien pudo haber sido el temor a la seducción, como lo apuntó el oficial, pero también la preocupación de proteger la vida misma. Dupin no quería exponerse a la ira de estas mujeres. Cinco meses más tarde, el coronel estuvo a punto de ser víctima del odio de una mexicana. La escena fue idéntica a la que acabo de relatar. Dos presos fueron condenados a ser fusilados. La mujer de uno de ellos estuvo presente durante el arresto y pidió el indulto. Imposible. Los dos cautivos cayeron frente a sus ojos. “Se quedó fría e impassible”. El coronel ya se iba cuando la mujer vino a colocarse “orgullosamente” enfrente de él, “frente a su montura”, y levantando su mano le gritó: “¡morirás, coronel, antes de ocho días!”. Luego, se fue “rompiendo en

29. BMR, C 29009, *Tour du monde*, 1861 (2° semestre), p. 152.

30. *Ibid.*, p. 158.

31. BMR, C 69001, *Revue des deux mondes*, 1865, t. 59, p. 715.

sollozos”. Algunos días después, las guerrillas atacaron a los franceses en una horrible emboscada, aseguró Kératry. El jefe del batallón, llamado Ligier, fue muerto durante el enfrentamiento. Hubo necesidad de sonar la retirada. En el campo quedaron muchos cadáveres y otros tantos heridos. Los franceses mutilados fueron recogidos por la noche. Contaron que “por todos lados explotaba ese grito de venganza mientras que las guerrillas revisaban los cuerpos: ¿dónde está, pues, ese miserable Du Pin?”. La viuda había hecho todo lo posible para cumplir sus amenazas. Finalmente, Kératry afirmó que el ataque le había costado a la mujer “una suma considerable”.<sup>32</sup>

### *La meretriz*

Todavía en un contexto de guerra, aunque afuera del campo de batalla, se encontraban presentes otro tipo de mujeres, las amantes, las meretricas,<sup>33</sup> quienes, por el contrario, actuaban de otra manera. Había que desconfiar de ellas. No eran fieles. No tenían un “amo”, como doña Marina o como la soldadera. Se querían demasiado a sí mismas. Aprovechaban las distintas situaciones para cambiar de bando tan pronto como les conviniera. Hacían el amor sin entregarlo. No amaban verdaderamente, como doña Marina amaba a Cortés. Estaban dispuestas a engañar de la misma manera a los mexicanos y a los franceses. No tenían verdaderos lazos con los militares como las soldaderas. Éstas compartían con su compañero el amor, la familia, los hijos, la comida en el campamento, las tortillas. Estaban bajo la mirada, bajo la supervisión de un hombre. Las amantes eran su antítesis. Andaban sueltas, sin un “amo” que las vigilara. Eran seductoras, tramposas, espías. Había mu-

32. *Ibid.*, 1866, t. 61, pp. 736-737.

33. En los escritos estudiados, a la palabra amante se le da un sentido muy similar al de prostituta, como tratando de explicar que éstas eran las mismas que aquéllas. Por un lado, se trata de un discurso militar, muy machista, en el cual estas mujeres (los amantes) no son menos prostitutas que las otras, y por el otro lado, el término utilizada en francés para designarlas es el de “*maitresse*” y no el de “*amante*”. En efecto, *maitresse* es una palabra que otorga a la amante no solamente una connotación sexual, sino también de poder, porque el mismo término significa a la vez “dueña”, “ama”, es el femenino de “amo” (*maître*). De hecho, cuando Kératry lo utiliza lo hace lamentándose: las amantes de los oficiales, es decir, esas mujeres que saben mandar, dominar al hombre utilizando sus atributos sexuales, esas mujeres que tienen poder sobre los oficiales, las *maitresses* son “demasiado numerosas”.

chas. Dupin cerró la puerta a las mujeres que venían a pedir el indulto para los condenados a muerte. ¿Eran soldaderas o prostitutas? Kératry las tomó por estas últimas. El coronel temía “la seducción”. De cualquier modo, ya se vio, ambas eran peligrosas. Tal vez por eso Kératry no quería la presencia femenina en el ejército mexicano.

Pepita es un buen ejemplo de meretriz. Era, precisamente, “una mujer galante, la amante de Ingenio Ábalos,” uno de los jefes de la guerrilla mexicana en Tamaulipas. Fue el alcalde quien había advertido de ello a la contraguerrilla. “Compartía su pasatiempo con los franceses en Vittoria y con los jefes de guerrillas en Croy, donde tenía su morada”. Su casa era el lugar de las orgías y de las entrevistas, “donde ella nos traicionaba”, aseguró el conde de Kératry. Sabía, además, la fecha que los franceses habían previsto para llegar a Croy. Una hora antes de su llegada, ella se internó en el pueblo, al improviso. Enseguida se dirigió al lugar donde la banda estaba reunida, en las afueras del pueblo. Las guerrillas concertaron en su presencia, en voz baja. La banda preparó la emboscada. Sin perder tiempo, los soldados mexicanos se precipitaron sobre el camino de La Puerta y tomaron sus puestos. La contraguerrilla tenía que pasar por allí durante la noche. Informados por el alcalde, los franceses buscaron por toda la casa de “la encantadora espía”. Finalmente la encontraron escondida dentro de un barril, “al fondo de un falso granero... el piso de la choza todavía estaba cubierto de cartas, de vasos y de ropas ajadas”. Los enemigos habían estado allí. “La mexicana” no quiso dar ninguna información sobre la naturaleza y la posición de la emboscada. Fue amenazada. Sería colgada con una soga atada a la viga del techo. Siguió muda. La cuerda bajó y rodeó el cuello de Pepita. “Confesó todo”.<sup>34</sup> Ahora traicionaba a los mexicanos.

Tiempo más tarde, un anochecer de noviembre de 1864, por casualidad, los franceses descubrieron una hacienda aislada en el campo. Al penetrar en ella encontraron cuatro mexicanas, “tan elegantes bajo la mantilla como seductoras por su cuerpo y su cara”. Había que desconfiar de ellas. Eran las “amantes de los jefes republicanos” de los pueblos de Hidalgo y Villagran. Su miedo era evidente ante la llegada de las tropas extranjeras. Por galantería, los franceses decidieron

34. BMR, C 69001, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, pp. 1000-1001.

colocar a la puerta de su recámara un soldado “encargado de alejar a todo tipo de curiosos. Las pobres mujeres temblaban mucho”, seguramente creyeron que habían sido hechas prisioneras. Pensaban, sin duda, que los franceses iban a torturarlas. Y ellas no estaban acostumbradas al dolor, como las soldaderas. Después de haberse tranquilizado y probablemente discutido un plan, decidieron compartir la comida con los oficiales. Una de ellas, “la favorita del jefe Rafael Cerda”, del pueblo de Hidalgo, se acercó a la oreja del conde de Kératry y le dijo en voz baja: “están perdidos, un grupo de guerrillas los tiene rodeados”. ¿Era verdad o se trataba de una trampa? Había que desconfiar, las mujeres eran mentirosas. Primero, que continúe el relato, había que ver si tenía coherencia. “Desde su partida de Vittoria, ustedes han enviado al coronel Du Pin nueve cartas”. ¿Qué más? Que siga, que confiese todo de una vez. “Una sola pudo atravesar la línea: encontrarán ocho cadáveres balanceándose en los árboles del camino; pongan cuidado porque todas las veredas están resguardadas y llenas de emboscadas”. Pruebas. Se necesitaban pruebas para creerlo, para estar seguros de que no era una trampa. Entonces, la mujer citó varios pasajes de las cartas confidenciales interceptadas.<sup>35</sup> Aquí tenemos a la ramera que traicionaba a su amante.

### *La mujer dentro de la sociedad: entre riqueza o pobreza*

Fuera del teatro de la guerra, la vida cotidiana seguía su curso. Se cultivaban los campos, se cosechaba, se llevaban los productos a los mercados de las ciudades para venderlos. Las revistas que aquí se estudian nos muestran a la sociedad en actividad, que a grandes rasgos estaba dividida en dos partes, cada una con sus propias mujeres. Los que las observaron, representaron a las que vivían del lado de los más ricos, de los mejor favorecidos, sin trabajar; y que en este tiempo de inestabilidad no se atrevían a alejarse mucho de su casa. Despertaban el apetito de los bandidos. Primero porque eran mujeres, y luego porque eran ricas. Kératry escribió que las mujeres de Guadalajara en

35. *Ibid.*, p. 1006.

enero de 1864 “ya no se atrevían a bajar de sus casas a las calles de la ciudad temiendo ser despojadas de sus joyas en pleno día o llevadas a la montaña ¡por no haber pagado de inmediato su rescate!”<sup>36</sup> Por otro lado, Ernest Vigneaux contó en el *Tour du monde* de 1862 que había encontrado a la población de San Leonel conmovida porque la víspera había pasado una banda de ladrones por allí y se había llevado como parte del botín “algunas muchachas buenas para casar”.<sup>37</sup> En esos años el bandidaje estaba en su pleno apogeo. La mexicana de la alta sociedad no trabajaba. Bailaba el vals en las grandes fiestas de lujo. Para celebrar la entrada del ejército francés a la ciudad de México, el general Forey ofreció un baile. *Le monde illustré* publicó un grabado del evento. Las mujeres ricas allí están presentes.<sup>38</sup> También se les puede ver en la ilustración que ofreció la misma revista con motivo del matrimonio del general Bazaine. Allí están, bien arregladas, en segundo plano (véanse ilustraciones 1 y 2).<sup>39</sup> A estas mujeres les gustaba aparecer en público adornadas, elegantes. El vestido las distinguía de las de condición inferior. Sobre su cabeza llevaban un chal o mantón de seda bordado, en lugar de la mantilla ordinaria; a veces la seda era blanca y “bordada con dibujos de colores vivos y vistosos”. Calzaban la zapatilla de piel aterciopelada y portaban el vestido de seda; al interior, dejaban caer sobre sus caderas “el tiránico corsé”. Porque las mujeres más pobres sólo utilizaban enaguas, sin corsé; y para cubrir su cabello, en lugar de la mantilla, utilizaban el rebozo.<sup>40</sup> Además de asistir a los bailes, a estas mujeres también les gustaba pasearse. Las que vivían en Chihuahua salían el domingo por la tarde a la Alameda. “Allí se pascan en grandes calesas, sujetadas de correas de cuero, que hacen recordar aquellas que se utilizaban en Francia en tiempos de Luis XIV” contó Rondé.<sup>41</sup> Por su parte, Kératry afirmó que en la Alameda de Ciudad Victoria, Tamaulipas, era “donde se dan cita las señoras elegantes”.<sup>42</sup> Vauvert

36. *Ibid.*, 1865, t. 59, p. 709.

37. BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1862 (1º semestre), p. 258.

38. DMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1863 (2º semestre), p. 165.

39. *Ibid.*, 1865 (2º semestre), p. 104.

40. BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1862 (1º semestre), p. 267, y 1861 (2º semestre), p. 138.

41. *Ibid.*, 1861 (2º semestre), p. 138.

42. DMR. C 69001, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, p. 972.

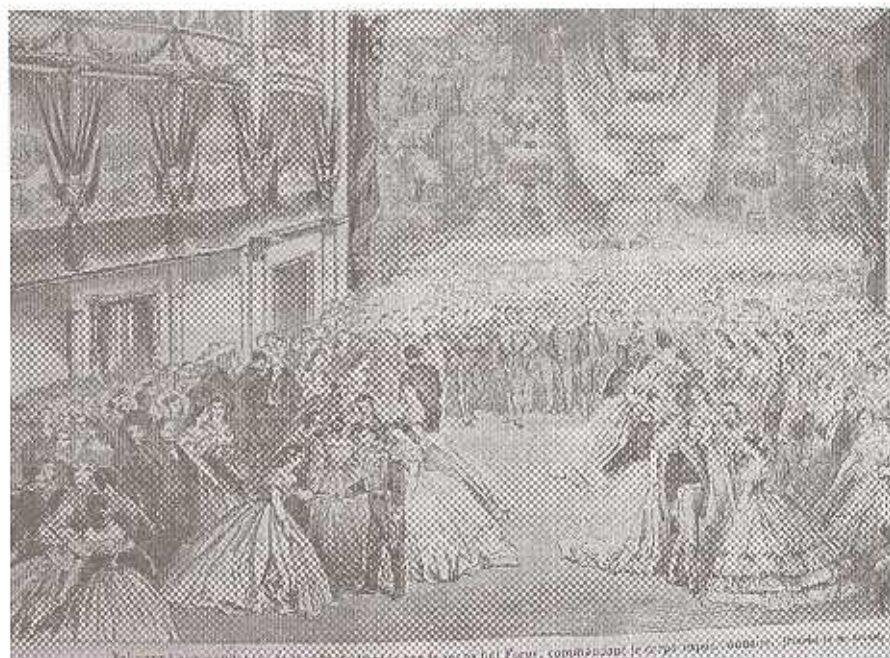


Ilustración núm. 1



Ilustración núm. 2



explicó que en Orizaba, aunque el ejército francés había ocupado la villa, “las mexicanas” no sabían “renunciar al paseo acostumbrado de la Alameda” y que siempre pasaban con el abanico en la mano.<sup>43</sup> Al sureste, en Mérida, era igual. En la plaza principal de la villa, relató Désiré Charnay, “la principal distracción consiste en paseos en calesas donde las muchachitas hacen gala de sus recientes arreglos y desparraman por todos lados los destellos de sus ojos negros”.<sup>44</sup> El mismo nos informó que en la ciudad de México, incluso si llovía, si venteaba o si tronaba, “ella sale, su carruaje la espera; corre a hacer gala de sus gracias, a sonreír a su amante, a saludar de mano a la amiga que pasa, a atropellar a su rival”.<sup>45</sup> Al anochecer, se precipitaba al paseo de los robles que se extendía al pie de la catedral, donde “los rizos en la sien hacen algunos cautivos”.<sup>46</sup> En invierno iba al teatro tres veces a la semana. Asistía “siempre elegante y ensortijada... cada representación exige un nuevo arreglo, y ella se somete a la exigencia... con felicidad”.<sup>47</sup> La mujer pobre, por el contrario, se encontraba casi siempre trabajando. Lo primero que aprendía a hacer eran las tortillas. Las haría durante toda su vida porque eran el acompañamiento cotidiano de todas las comidas, era “un plato nacional que reemplaza el pan”, pero también porque hacer tortillas era un oficio de mujer. Se les llamaba tortilleras. Vigneaux las vio en Tepic,

en ciertos cruceros o en las gradas de una iglesia... sentadas en sus talones y envueltas en su rebozo, esperando, mientras charlaban entre ellas en voz baja y rítmica, que la práctica haya vaciado el chiquihuite o canasta que contiene su mercancía —y conchuyó— la vendedora de tortillas es un tipo común en México.<sup>48</sup>

Más tarde, agregó:

43. BMR. C 9003, *Le monde illustré*, 1862 (2º semestre), p. 276.

44. BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1862 (1º semestre), p. 342.

45. *Ibid.*, pp. 356, 358.

46. *Ibid.*, p. 358.

47. *Ibid.*

48. *Ibid.*, p. 255.

La fabricación de esta comida nacional es el complemento indispensable de la educación femenina en México, y el metate es el primer oficio en el que se ejerce la muchachita". Finalmente enumeró los pasos a seguir para hacer tortillas y los utensilios necesarios.<sup>49</sup>

La mujer mexicana perteneciente a las capas sociales menos favorecidas se dedicaba, a menudo, a atender fondas. La encargada de estos establecimientos era una mujer.<sup>50</sup> ¿Por qué no un hombre? Sin duda porque se necesitaba cocinar y ese trabajo era femenino. Por eso las soldaderas seguían al ejército, para cocinarle a su soldado. Y la actividad principal de una fonda era hacer de comer. También hacer el quehacer. Un día, al despuntar el alba, Vigncaux se detuvo en el pueblo de "Tanepantla" y tomó el chocolate en una fonda. Pudo ver, entonces, "un enjambre de jóvenes sirvientas de piel bronceada, de grandes ojos negros, con trenzas morenas, de formas bien acentuadas, que se esmeraban en lavar, barrer, tallar, sacudir".<sup>51</sup> Conviene destacar en este momento que en el siglo XIX, dentro del mundo occidental, los espacios estaban repartidos entre los dos sexos. La vida pública era propia del hombre, y la privada era el reino de las mujeres.<sup>52</sup> De tal suerte que todo lo relativo al hogar entraba en el ámbito femenino: aseo de la casa, cocina, educación de los hijos (hasta que el varón alcanzaba cierta edad en que ya podía seguir a su padre, entre los 6 y los 7 años).

Es posible distinguir algunos conceptos a los que el sexo femenino parecía estar pegado, como "mujer-bebé", "mujer-cocina" y "mujer-casa" (véanse ilustraciones 3, 4, 5, 6 y 7). Porque, efectivamente, el niño de brazos siempre se encontraba al lado de una mujer. Al llegar a Cotastla, el conde de Kératry vio que el cura estaba "rodeado de indias cargadas de niños".<sup>53</sup> Charnay relató que en las puertas de las casas de los suburbios de la ciudad de México a menu-

49. *Ibid.*, pp. 261-262.

50. *Ibid.*, p. 260.

51. *Ibid.*, pp. 260, 279.

52. Yvonne Knibichler, "Corps et cœurs", en Georges Duby y Michelle Perrot (coords.) *Histoire des femmes en Occident. Le XIX<sup>e</sup> siècle*, Paris, Plon, 1991, p. 375. Puede consultarse la edición española (Taurus, 1993).

53. BMR C 69001, *Revue des deux mondes*, 1865, t. 59, p. 726.



Ilustración núm. 3



Ilustración núm. 4



Ilustración núm. 5



Ilustración núm. 6



Ilustración núm. 7

do se podían ver mujeres teniendo sobre sus piernas la cabeza de un niño intentando quitarle todos los piojos posibles.<sup>54</sup> Vigneaux describió en pocas palabras el mundo privado del hogar, el reino de la mujer. El viajero andaba en tierras veracruzanas. Al pasar al lado de un jacal vio por entre los bambúes “el misterio del domicilio privado; una hamaca está suspendida a los postes angulares, una mujer se está arreglando, otra, inclinada sobre el metate, prepara las tortillas del día. En la puerta los niños juegan [vestidos] con el traje del paraíso terrenal”.<sup>55</sup> Este era el mundo de la mujer: maquillaje, cocina, niños, hogar. Ausencia de hombres, porque ellos trabajaban afuera. Así lo ejemplificó Kératry cuando contó la llegada de la contraguerrilla a Croy. Todo estaba silencioso. Nadie se veía en las calles. Luego, poco a poco “algunas figuras de mujeres” aparecieron entre las puertas de las casas. Se les preguntó en dónde se encontraban sus maridos y respondieron que “debían estar en el monte buscando el ganado perdido”.<sup>56</sup> Las mujeres también se hallaban en el mercado. En la plaza principal de México “se instalan vendedoras de aguas frescas y de helados, *des rafraîchissements et des glaces*”.<sup>57</sup> Y en todos los mercados de la ciudad se podían ver “bonitas vendedoras de frutas o de flores, y alegres sirvientas de familias ricas pasan y vuelven a pasar envueltas en su rebozo”, cargando la canasta llena de verduras o el cántaro de barro rojo lleno de agua.<sup>58</sup> Un soldado llamado Raymond, desde San Luis Potosí informó que en esa localidad las sirvientas eran como en cualquier parte, “van al mercado” y siempre cargando su bendita canasta.<sup>59</sup> En Guaymas, Vigneaux conoció también a unas vendedoras de frutas y a unas lavanderas. La mujer, en efecto, también ejercía el oficio de lavar la ropa (véase ilustración 8).

54. BMR. C. 29009, *Tour du monde*, 1862 (1<sup>o</sup> semestre), p. 358.

55. *Ibid.* p. 302.

56. BMR. C. 69001, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, p. 977.

57. BMR. C. 29009, *Tour du monde*, 1862 (1<sup>o</sup> semestre), p. 286.

58. *Ibid.* p. 287.

59. BMR. C. 9003, *Le monde illustré*, 1864 (1<sup>o</sup> semestre), p. 170.

### La mujer y las diversiones

Después de leer los escritos de nuestros informantes franceses y de observar algunas de las ilustraciones con que los acompañaron, queda la impresión de que la mujer no se divertía al lado del hombre. Se alcanza a percibir una separación tajante. Cuando se habló de que el mexicano era jugador de cartas a ultranza, la mujer estuvo ausente. Los viajeros describieron las fiestas de varios pueblos mexicanos y las salas donde se jugaba al Monte, lugares donde los hombres se la pasaban metidos en el juego durante “días y noches enteras, encarnizados en la lucha con el doble ardor de jugadores y de apasionados”,<sup>60</sup> sin mencionar nunca la palabra mujer. Una ilustración publicada en *Le monde illustré*, lejos de representarla divirtiéndose al lado del hombre, en primer plano, la ubica al fondo, en la parte más oscura del grabado (véase ilustración 9). En efecto, en la litografía, un grupo de hombres se encuentra reunido alrededor de una mesa. Están jugando al Monte. Sobre la mesa se alcanzan a ver unas monedas y cartas. Las miradas de los hombres están puestas sobre estas últimas. Además de los personajes masculinos hay un perro y una mujer. El animal duerme. La mujer, lejos de tomar parte en el juego, sirve a los hombres. Les lleva vasos con bebidas. Su representación es, precisamente, la de una sirvienta que está a las órdenes del hombre. Ella no se divertía cuando él lo hacía.

Al explicar las peleas de gallos, los franceses describieron el lugar donde se efectuaban, dieron medidas de la arena, de la navaja afilada que se amarraba a los espolones del animal, de las apuestas, de la impetuosidad de los gallos, de la vehemencia del combate, de la sangre fría de los apostadores, del hecho de que “la gente de buena educación nunca asiste a las peleas de gallos.”<sup>61</sup> Tampoco entre estas descripciones se distingue a la mujer, y esta vez, también está ausente del dibujo que acompañaba el escrito (véase ilustración 10). A principios del año 1863, *Le monde illustré* publicó un grabado en el que se puede apreciar la misma separación entre mujeres y hombres en sus diversiones (véase ilustración 11). Un grupo de sombrerudos se encuentra jugan-

60. *Ibid.*, 1863 (2º semestre), p. 106.

61. BMR. C 29009, *Tour du monde*, 1861 (2º semestre), p. 140.

do. Uno de ellos lanza una argolla para lograr ensartarla en alguna de las estacas dispuestas para ese fin. El resto observa. A un lado de ellos pasa un par de mujeres. Ni siquiera miran a los hombres. El dibujante las representó con una canasta para sugerir, seguramente, que habían ido a hacer las compras del día. Nuevamente se repite la escena en donde ella trabaja y él juega.

La élite mexicana, por otro lado, asistía al teatro por lo menos tres veces a la semana. La temporada teatral era en invierno, porque en verano no había que faltar a la función de toros, "donde la víctima siempre [era] la misma".<sup>62</sup> En estas dos distracciones del mexicano de cierta posición social, en cambio, se advierte la presencia femenina; al igual que en el baile, que era una actividad común a toda la sociedad mexicana. En efecto, el pobre bailaba durante las ferias, en las fiestas populares,<sup>63</sup> mientras que el rico se daba cita en las fiestas de renombre y bailaba el vals al ritmo de una buena agrupación musical. En estos casos la mujer también estaba presente. ¿No son estas diversiones comunes a los dos sexos?

Sin duda alguna, en el teatro, en la plaza de toros y en el baile la mujer se divertía al lado del hombre, pero ella no estaba presente por esa razón, sino porque formaba parte de los objetos que hacían sentir bien al hombre. Si la mujer lo acompañaba al teatro es porque simbolizaba un adorno de él. Ella representaba la estabilidad masculina, la familia, el linaje, la descendencia legítima. Y si estaba presente en las salas de baile es porque el hombre la necesitaba para la ejecución del vals. Ella era un accesorio, un objeto que se encontraba a su disposición. El mismo panorama se percibe en el ambiente social de los menos favorecidos. Es cierto que la mujer bailaba junto con el hombre, lo acompañaba a las fiestas (véase ilustración 12). Pero él tenía todo el poder para prohibírselo si así lo quería, lo que demuestra que si la mujer se divertía al lado del hombre era para placar de él, no de ella.

*Le monde illustré* publicó en sus páginas una novela corta escrita por Germaine Boué titulada "*Un épisode de la guerre d'Angostura*". La trama se desarrolla en Saltillo, durante la feria. El personaje principal es un joven llamado Rey. Es un "lépero", es decir, un muchacho

62. *Ibid.*, 1862 (1º semestre), p. 358.

63. BMR, C 9603, *Le monde illustré*, 1862 (2º semestre), p. 358.



Ilustración núm. 8



Ilustración núm. 9



Ilustración núm. 10



Ilustración núm. 11



Ilustración núm. 12

pobre. Tiene una novia que se llama Mariquilla. El lugar donde se dan cita estos enamorados es el baile. Sin embargo, Rey tiene problemas, los estadounidenses que ocupan la ciudad lo persiguen. Rey se esconde, se oculta, ya no puede visitar los lugares públicos, ya no puede ir al baile porque “esos extranjeros” están allí. Y Rey está atormentado porque Mariquilla asiste y baila con otros. “Si no quieres volverme loco, abstente de bailar”, le prohibió. Ella contestó que ya tenía 15 años, edad propicia para contraer matrimonio, y el mejor lugar para encontrar marido era el baile (“où tu veux que je le trouve si ce n'est au bal?”). -Pero yo soy tu novio, respondió el muchacho. -Tú nunca aceptarás casarte conmigo, dijo ella, y agregó que era una lástima porque sería una excelente ama de casa, una mujer muy hogareña (“tu verras quelle bonne ménagère je ferai”). Rey la tomó de la mano, la condujo a la iglesia más cercana y delante del altar prometió casarse con ella.<sup>64</sup> Desde este momento, la muchachita pasó a ser una pertenencia de él, quien tenía la autoridad, entonces, de prohibirle bailar con otros; más precisamente, de divertir a otros. Con la promesa realizada, ella tendría que someterse completamente a Rey, a su futuro esposo, como lo hacía, -ya lo argumentó claramente Nicole Arnaud-Duc- toda mujer en el siglo XIX en la casi totalidad del mundo occidental.<sup>65</sup>

### *La mujer idealizada*

Por otro lado, cabe destacar el aspecto de la mujer idealizada. No olvidemos que en este periodo, el del romanticismo, el sexo femenino encontró un lugar muy importante como musa, como diosa, como inspiración del poeta, del novelista, del pintor. Y los viajeros se sentían todo a la vez. Así que la mujer aparece idealizada. Vigneaux, por ejemplo, al ver las habitantes de Guaynamota exclamó: “vi allí algunas muchachitas de un perfil maravilloso que la estatuaria buscaría en vano idealizar”.<sup>66</sup> Y cuando describió a las mujeres de Jalapa intentó

64. *Ibid.*, pp. 358-359.

65. Nicole Arnaud-Duc, “Les contradictions du droit”, en Duhy y Perrot; *op. cit.* 1991, p. 102.

66. BMR. C. 29009, *Tout du monde*, 1862 (1<sup>o</sup> semestre), p. 254.



set no menos poético. Comenzó explicando su manera de vestir para rematar diciendo que cuando ese traje era llevado

por alguna gallarda criaturita, orgullosa y graciosa a la vez en su porte y en su andar, cuando ella avanza teniendo en su cabeza una canasta de frutas y de flores de tierra caliente, o bien una vasija de barro de forma antigua que mantiene en equilibrio su brazo torneado elegantemente, uno creería ver animarse un fresco de Pompeya.<sup>67</sup>

Désiré Charnay tocó a la mujer con términos semejantes. “Por la mañana —escribió— la mexicana es crisálida, por la noche es una mariposa; tiene alas ligeras, ricos colores y gracia”. Porque al anochecer, aseguró que de la mujer se podía admirar el arreglo, su maquillaje “y el lujo deslumbrador”.<sup>68</sup> De tal manera que no debe sorprender que casi por inercia, de manera automática, la palabra mujer o todo lo que la designaba estuviera acompañada por calificativos que resaltaban su belleza. Cuando Charnay describió la península de Yucatán dijo que era una “tierra de predilección para el viajero [porque] es rica en recuerdos: monumentos prodigiosos, mujeres encantadoras (*femmes ravissantes*), trajes pintorescos, tiene todo para impresionar”.<sup>69</sup> El conde de Kératry habló de las indígenas de la Huasteca de la manera siguiente: “la raza femenina es bella, de sangre rica... sus cabellos negros caen en largas trenzas sobre sus hombros”.<sup>70</sup> Los ejemplos escritos e ilustrados se podrían multiplicar, atestiguando la idealización femenina, debida en gran parte al exotismo que representa la mujer extranjera y a la erotización de dicho exotismo por ser un fruto distante, alejado, prohibido, al que nuestros informantes pudieron tener acceso únicamente con la vista.<sup>71</sup>

67. *Ibid.*, p. 299.

68. *Ibid.*, pp. 356, 358.

69. *Ibid.*, p. 338.

70. BMR C 69001, *Revue des deux mondes*, 1866, t. 61, pp. 754-755.

71. Agradezco los comentarios del Dr. Isaac Capdevila en lo que respecta a esta idea

## CONCLUSIONES

De la pluma de los intelectuales, viajeros y militares franceses hemos podido acercarnos a la mujer mexicana de hace una centuria y media. Hemos podido aproximarnos a ella e imaginarla, así como lo hicieron los franceses de aquella época que nunca atravesaron el Atlántico, y para quienes iban dirigidos los mismos escritos que yo he tenido bajo mis ojos y he releído una y otra vez con atención, tratando de encontrar los rasgos de la mujer mexicana de ese tiempo. En efecto, sólo he encontrado trazos, pinceladas aquí y allá que logran rescatar solamente una silueta femenina. Porque si hacemos el recuento y volvemos a repasar, analizar, cada una de las palabras e ilustraciones que poseemos sobre ella, descubrimos que es relativamente escasa la información. Fuera de las alusiones hechas a la soldadera, a su papel en el ejército, a sus actividades de ama de casa, admiradas por su labor pero indeseadas entre las filas militares, porque la guerra no era asunto de mujeres; fuera de esas otras, las meretrices, con quienes los militares compartían sus momentos de ocio, pero que eran peligrosas porque detrás de esa mantilla o de esos "hermosos hombros" desnudos se podría esconder una espía, una traicionera, una amante del jefe militar enemigo; fuera de esas siluetas que apenas alcanzamos a imaginar, borrosas, ¿qué sabemos de la mujer enganchada en la guerra?

Del mismo modo, los franceses nos han informado poco sobre la tortillera; la vendedora de frutas, de flores, de aguas frescas; la sirvienta o la lavandera. Y el mismo panorama se percibe cuando ponemos la mirada en la mujer hogareña, la que reina en el mundo privado, enclaustrada en la casa cuidando niños, cocinando, sacudiendo, limpiando; o cuando volteamos hacia la mujer que, antes de salir a dar el paseo a la alameda, al teatro o a la plaza de toros, lucía "siempre elegante y ensortijada" y hacía gala "de sus gracias". En efecto, si con tan sólo estos elementos intentáramos reconstruir la imagen de la mujer mexicana de mediados del siglo XIX, la dejaríamos trunca, incompleta, mutilada. La mujer de esa época no se reducía a lo que nuestros informantes escribieron de ella. ¿Por qué, entonces, los datos son escasos y repetitivos en ocasiones?

No hay que perder de vista que los escritos que se han estudiado no estaban dirigidos a la gente del siglo XX, ni del XXI. Tampoco a los mexicanos. Fueron encaminados a los franceses de ese tiempo. En esa perspectiva, los escritos dicen lo que sus autores querían comunicarle a sus lectores. Utilizando la técnica del espejo, tomaron como pretexto a las mujeres mexicanas para hablar de las francesas. Por un lado, reprobaron que en México se inmiscuyera en los asuntos militares y estuviera presente en el ejército. Entorpecía la buena marcha de las tropas, “se rezagan siguiendo las columnas militares”, “deben desaparecer”. Lo mismo para las cuestiones políticas y todo lo referente a la vida pública, al espacio masculino. El mensaje dirigido a los lectores se debe entender literalmente: que en Francia la mujer tampoco se meta en los asuntos masculinos.

En efecto, el mensaje de los franceses parece tender a reforzar el *status* en que se encontraba la mujer francesa y de donde no querían que saliera. Ella tenía que permanecer en el espacio privado y desentenderse de las cuestiones de la vida pública, reservadas a los hombres. Por eso, cuando los viajeros y militares franceses hablan de la mujer mexicana que permanece en el ámbito privado o realiza tareas vistas como propias de su género, la llenan de elogios. Así, los franceses observaron que en México había “bonitas vendedoras”, “alegres sirvientas” y mujeres que al llevar “en su cabeza una canasta” se asemejaban a “un fresco de Pompeya”.

Por otro lado, a diferencia del modo en que hablaron de la soldadera, rasgándose las vestiduras por su presencia en el ejército, cuando se refirieron a la mujer hogareña no se percibe ninguna expresión de disgusto. Por ejemplo, hablaron de la mexicana “inclinada sobre el metate”, enseñándole a las niñas a hacer tortillas, “el metate es el primer oficio en que se ejerce la muchachita”, y no afloró ninguna palabra de desacuerdo, como si la intención fuera encaminada a aceptar ese *status* femenino. La novela de Boué lo confirma. La mujer, para poder encontrar un buen marido tenía que ser muy hogareña (*une bonne ménagère*). Y el matrimonio se mostraba como el cúlmén de la existencia de la mujer.

De manera indirecta, nuestros informantes franceses enviaron recomendaciones a sus paisanos. Seguramente ya presentían la irrup-

ción que la mujer haría en los próximos años en la escena pública de los países industrializados, y de la que son prueba los numerosos cuadros impresionistas de la época, impúdicos, dirían los más puritanos; o la literatura que se aleja del tema romántico; o esas tantas tertulias donde la mujer opinaba libremente; o el simple hecho de que las fábricas ya incorporaban personal femenino para que realizara trabajos "propios" de los hombres.

En realidad, lo que tenemos de la mujer mexicana es una silueta dibujada por los viajeros, militares e intelectuales franceses, reconstruida de acuerdo a sus intenciones. Sus escritos son accesibles, los podemos aún leer y encontramos con esas descripciones acerca de la mujer mexicana, que no son más que un reflejo, es cierto, pero que ilumina un espacio desconocido de la historia del México decimonónico.